

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

EL ENCARNIZAMIENTO DE LA LUCHA.

La *Linterna Médica* se presentó en la arena periodística, instigada por la necesidad: sus redactores, profesores de los tres ramos de las ciencias médicas, ayudados de personas conocidas en el terreno literario y no ajenas por cierto á la ciencia de Esculapio, emprendieron una lucha, cuyo desenlace pronosticaban: lucha terrible, pero necesaria; lucha sangrienta, pero útil; lucha ruidosa y cuanto mas ruidosa de mas trascendentales consecuencias. Nos explicaremos. Años hace que algunos facultativos habian ensayado en España el sistema de Hahneman, sino con prósperos resultados, al menos con decoro, con conciencia, con dignidad: nunca olvidándose de que eran médicos, de que pertenecian á una clase tan necesaria en la sociedad, como digna de ser respetada; en una palabra procedian con la fé de la investigacion, con vivos deseos de los adelantos científicos, y sus trabajos tenían el noble fin de aspirar á la conquista de una verdad mas en esa ciencia tan dudosa, pero tan útil á la humanidad.

El apostol de la homeopatía sentó un precedente funesto: al desenvolver su sistema cometió el torpe error de negar todo lo probable, todo lo conocido, todo lo cierto, que tiene y ha tenido la verdadera medicina. Quiso fundar un sistema cuya base se habia de sentar en los escombros de los adelantos de los siglos; es decir, que segun la pretension de Hahneman, la medicina habia nacido, ó mejor dicho se habia empezado á ejercer dignamente el día, en que él, dando por cierto su aforismo de *similia similibus* lo habia puesto en práctica con la cooperacion de las dosis infinitesimales. No le bastó sin embargo querer destruir los cimientos de la ciencia, hizo una furiosa agresion á los hombres, y concluyó por apellidar á los que ejercian las ciencias médicas, verdugos de la humanidad. ¡Funesto ejemplo, terrible precedente, que ha servido despues de escudo á algunos pseudo-médicos para comerciar con la salud pública, apoyados en esa frase injusta y criminal! Pero dejemos á Samuel y vengamos á parar á los imprudentes sostenedores de su doctrina.

A imitacion de lo que se habia verificado en el extranjero, la prensa médica se ocupó de la discusion razonada del sistema de los semejantes, y algunos de sus defensores hicieron esfuerzos honrosos y laudables, y si no consiguieron el resultado que apetecian, no fué culpa de los sustentadores, sino de lo malo de la causa que defendian. Buena prueba de esta verdad son los periódicos homeopáticos dirigidos por don Pio Hernandez, uno de los médicos homeopatas que con una fé digna de mejor causa se ha lanzado á explicar las doctrinas hahnemánicas en las cátedras del *Instituto Español y Ateneo de Madrid*. Adversarios leales gozamos en hacer justicia á este aplicado jóven por las armas de buena ley con que ha querido hacer triunfar su predilecto sistema. Pero esta marcha no convenia á los que faltos de fé, de ciencia y conviccion se adherian á la doctrina homeopática, para saciar su voracidad de oro y placeres: comprendieron pues, que la novedad revestida con la capa misteriosa de la nigromancia les preparaba una cosecha segura de pingües utilidades; y al mismo tiempo que hacian publicar sus fabulosas curaciones, al mismo tiempo que excitaban la curiosidad pública; al mismo tiempo que se introducian en los gabinetes de las damas y en los despachos de los magnates á adular su vanidad, ofreciéndoles rejuvenecimiento en su edad, curacion de celos, satisfaccion de pasiones, y cura completa de todos los males habidos y por haber, se complacian en desacreditar no solo á los médicos, cirujanos y farmacéuticos españoles de mas reputacion y prestigio en la escuela llamada alopática, sino tambien á esos homeopatas juiciosos, á esos médicos que deseosos de que la conviccion sea producto de la buena discusion se iban al terreno de la

ciencia y del decoro á buscar los argumentos para apoyar sus razones.

La pandilla que así obraba reconocia por gefo un hombre lego en la ciencia, un hombre que hace ostentacion de tener un título médico alcanzado por una real orden, un hombre sin estudios y sin mas principios que su osadía sin limites: ese hombre impuso su voluntad á esa pandilla, y esa pandilla se dedicó desde entonces á sostener á su amo para sostenerse á sí misma, y se propuso hacerse tan exclusiva y absoluta entre los demas, como su señor lo era con ella. Para conseguir esto, todos los medios eran buenos: no solo rechazaban amo y pandilla, los principios fundamentales de la ciencia, negando toda consideracion á los hombres que con mas aprovechamiento la ejercian, sino que públicamente propalaban que todos los homeopatas que no pertenecian á su camarilla, ni sabian administrar la homeopatía, ni eran homeopatas. Los alaridos de esa falange llegaron hasta el despacho de un ministro imprevisor, y dando crédito á los esfuerzos de la charlatanería, y sin mirar las fatales consecuencias de un paso tan poco meditado, hizo la concesion de una clínica homeopática para la experimentacion del sistema.

Los maestros de la escuela de medicina de Madrid que hasta entonces habian juzgado á la homeopatía como indigna de los honores de la seria discusion, llevaron al palenque científico esa doctrina, no solo para ilustrar á los discípulos en todo lo que de absurdo contenia ese sistema, sino para que los profanos se persuadieran de que solo la farsa ó la alucinacion, hija del estravio de las buenas ideas médicas podian reudir culto á las locuras del agresivo Hahneman. Lo mas notable que Madrid encierra en letras, en administracion, en política, en ciencias, concurrió á condonar con su unánime aprobacion ese furor homeopático de los alucinados y de los interesados en el sostenimiento de esa aberracion humana, afrenta eterna del siglo en que vivimos. La voz de los maestros, la de los discípulos y la de los simples oyentes marchaba acorde pronunciando la irrevocable derrota de los delirios del sajón, condenándolos al escarnio público, como merecedores de esa única honra. Desde entonces la pública opinion se fijó: desde entonces el gobierno de S. M. que con tanta precipitacion habia mandado crear la clínica homeopática, se mostró retraido y comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, de llevar á cabo medida tan antihumanitaria, se guareció tras el silencio, muro único que tenia de defensa para amoninar los efectos de su imprevision. Los Asuero, los Frau, los Corral y los Gutierrez hicieron un inmenso servicio á la ciencia, fijaron las opiniones de los discípulos, dieron valor á las opiniones de los profesores, y contuvieron el imprudente alharaca de muchos fascinados por la escitacion de los corifeos de la especulacion médica. Esas lecciones no pasaron como una inspiracion insegura y del momento, sino que impresas y circuladas con profusion son una denuncia eterna contra las pretensiones de esos avaros, para quienes la medicina, la sociedad, la filantropía son nada, y el oro todo en el siglo presente. Quien ha revatido esas lecciones? quién las revatirá? En Inglaterra se han traducido ya las del señor Corral y son altamente apreciadas como un cuerpo selecto de doctrina médica, de filosofía, y de moralidad: y qué hizo entonces la prensa política? qué discusiones promovió para que de ellas brotase la luz que guía á los gobiernos á tomar determinaciones justas y acertadas? Nada: cuestion de tanta importancia no merecia fijar la atencion de la prensa, ó cuando mas bastaba con dedicarla un párrafo de gaceta, como se dedica á un chascarrillo de un prendero ó de un aguador.

Ante derrota tan completa, los homeopatas de especulacion, los homeopatas de abuso, los homeopatas de miras interesadas temblaron por su porvenir, y se persuadieron que estaban conocidos, y que la ciencia les estrellaba ante el ludibrio público: y sin fuerzas,

sin convicciones para combatir en el terreno de las ideas y de la práctica, eligieron el campo de las agresiones personales: dirigieron sus tiros á las personas mas respetables, á los nombres mas conocidos, y á los principios mas incontrovertibles: pusieron en juego todas las malas artes de que echa mano una imaginacion cobarde y vengativa, interesada y escarnecida, ignorante y osada. Bajo tan felices auspicios nació el *Duende homeopático*: los pocos números de él publicados son un terrible testimonio de cuanto acabamos de esponer: ni la ciencia, ni los nombres, ni los derechos profesionales, ni la legislacion vigente, ni el sagrado de la vida privada estuvieron á cubierto de sus ataques, tan rastroros como atrevidos: se compraron ó alquilaron personas que insultasen bajo la inspiracion de los que siempre cobardes no sirven mas que para mover las figuras entre bastidores; en aquel periódico no hubo mas que elogios ó vituperios: elogios al idólo, representacion del becerro de oro; vituperios á lo mas noble y santo que tiene la ciencia. La prensa política leyó el *Duende* y continuó indiferente. Pero la autoridad política, escandalizada de la marcha de aquel periódico vergonzoso y afrentoso prohibió su circulacion, y dió una prueba de buen gobierno. Los rabinos, repuestos un poco de este golpe lanzáronse de nuevo á la palestra, con otro libelo digno del primero, á quien dieron por nombre *El Centinela*, que igual en un todo á su padre emprendió la marcha de su antecesor. La prensa política prosiguió sorda, la prensa política continuó indiferente. En tal estado, no era justo combatir las agresiones con la ciencia, las personalidades con prudencia, las falsedades con dulzura. Entonces comprendimos que la necesidad nos obligaba desenmascarar á esos hombres hipócritas que en tan mal camino buscaban el lucro de sus ambiciones, y aparecimos con la *Linterna*. Por inspiracion propia, con el noble deseo de defender las clases médicas, los derechos profesionales, los nombres sagrados y la santidad de la buena causa, nos lanzamos á la vida periodística agitada y violenta: adivinamos el escándalo, comprendimos la necesidad de él, y le buscamos: pero escándalo buscado en la verdad de las cosas, enardecido por la dureza de la forma. Dijimos, para que la prensa política se ocupe de asuntos de importancia, es preciso ruido y escándalo: ténganlos y ella vendrá á parar á donde tenia obligacion de haber llegado espontáneamente. Y no se haga la mogigata y la espantadiza, porque ella es la culpable de esta situacion insegura pero pasajera, en que se encuentra la medicina. La prensa política ha tenido la indiscrecion de dar cabida en sus columnas á narraciones de curas homeopáticas falsas propaladas con miras de interés, por los que explotaban la buena fé periodística. Estas curaciones se han creído, esas supuestas maravillas se han elogiado, y la farsa del charlatan ha sido elevada á la consideracion científica. Los verdaderos médicos, atentos solo á los severos deberes de su sagrado ministerio, no hacian alarde de sus curaciones, hijas de la práctica y del estudio: cumplian con su obligacion, pero no hacian alarde su habilidad: la modestia se diferencia siempre de la vana charlatanería. Cuando los periódicos políticos se han ocupado de dar cuenta de las multiplicadas curaciones hechas por nuestros médicos? Nunca: si curaban, se creía solo el cumplimiento de un deber y nada se les agradecia. Hoy esos apóstoles del desenfreno necesitan e os falsos anuncios para hacer clientela: necesitan vestir el ropaje del nigromante y recurrir á sortilegios para vender la buena ventura: necesitan calumniar á la medicina para entronizar la farsa. Esto ha sucedido siempre con los charlatanes y curanderos: esto sucede hoy con los homeopatas, por cuya razon se diferencian de los médicos.

Quienes sino estos homeopatas han introducido la costumbre de no visitar por menos de cuatro duros por visita? Quién ha llevado el escándalo hasta el punto de que un lacayo del nigromante exija á un

paciente el precio de consulta antes de pasar al gabinete del médico? Pues aquí lo tenéis: buscad á ese patriarca de la farsa y eso os sucederá: no esperará á que le pagueis al término de la enfermedad, sino que al concluir de dar los globulos tenderá la mano para recoger el precio que el ha fijado á su degradante oficio y vergonzosa gragea. ¡Si! el ministerio médico de este modo ejercido, es vergonzoso y degradante: la alta misión del médico es la curación de sus semejantes: la apreciación de su ciencia corresponde á la sociedad: si ella es ingrata lamentémonos de su injusticia, pero envolvámosla á la humanidad en esa capa de mercenario interés, con que quieren arrollarla esos hombres revendedores de los anises homeopáticos. ¿Queréis saber, periodistas políticos, por qué esa falange avara de riqueza y placeres administra por sí los globulos de su mercancia? Pues es porque de ese modo nadie puede probar la ignorancia ó mala fé del chararillero, pues es porque cualquiera puede llevar una petaca en el bolsillo y pasar por médico sin serlo: pues es por que, al que hoy tiene un título de real orden, visita-ba del mismo modo antes de tenerlo; pues es por que tiene *adiateres* y lacayos que sin ser facultativos administran en su nombre la gragea y se dan el nombre de médicos: pues es porque en las boticas se rechazaría el despacho de una receta dictada por la ignorancia ó por el interés; pues es por que en esas mismas boticas no se despachan formulas de los que no tienen autorización para prescribirlas: pues es por que de ese modo no saben los enfermos ni la ciencia lo que los charlatanes administran en forma de globulos, y lo mismo puede ser una materia inerte que una materia corrosiva: pues es porque no respetan los límites y derechos de cada profesion: pues es porque la visita y los globulos hacen un cuerpo y dobla el valor de sus honorarios; pues es porque el misterio es el unico elemento de sostener su especulación, pues en fin por que no son médicos los que tal hacen, y porque no tienen moral médica.

Estudie esto la prensa política y no cometerá las herejías que el *Heraldo* con un atrevimiento incalificable osó sentar en un artículo, que por honra suya no queremos recordar.

Vea pues la prensa política si el encarnizamiento de la lucha médica puede ser prospero en resultados: vea aquí porque queríamos el escándalo. Vivimos además en la persuación de que los estravios de los ignorantes no afectan en nada á la ciencia: ella se depura y perfecciona cada vez mas con estos debates, ella siempre gana, como la sociedad gana tambien con esta lucha encarnizada. Si la homeopatía pudiera curar, este combate haría que sus adeptos la ejerciesen con doble esmero, que la estudiasen con reflexion (si fuese susceptible de estudio) y los enfermos tratados homeopáticamente serian cuidados con un esmero superior á todo encarecimiento. Como en la homeopatía no hay nada de verdad, no cabe la comparacion: en cambio es aplicable á la medicina racional, á esa ciencia hija del estudio, de la observación y de los recuerdos: lo que ella puede curar, es curado con alíaco, con religiosidad, con un esmero incalificable; por que los detractores homeopáticos que no perdonan ocasiones para desacreditar á la madre ciencia, encuentran en cada defuncion natural un motivo para sus odiosas expansiones y esa gente, ignorante en ciencia, desprovista de la inspiración, falta de fé, y agena á la moralidad médica olvida que somos mortales y que la ley de la reproducción tiene por base el fallecimiento de los vivos para el nacimiento de los venideros. Y esa gente se olvida de que la medicina no cura imposibles, y que solo cura lo posible; porque lo contrario sería querer ser igualar á la divinidad. Ellos, los farsantes, los ilusos, los ignorantes y los interesados son los unicos que curan los escirros del hígado, tisis en tercer ó cuarto grado y aneurismas del corazón. Sentimos abandonar, nuestro humor júbilo, porque el solo nos indemniza del disgusto que nos causa el ocuparnos de cosas y hombres que ni merecen mas que la risa ó el desprecio.

CENTINELA DEL MILAGRO HOMEOPÁTICO,

inserto en el número de 10 de marzo.

Curar tisis en tercer grado, extinguir gangrenas y otras friolerillas, son *tortas y pan pintado* para el sucedido caso de *anasarca procedente de un escirro del hígado, curado (1) homeopáticamente.*

La señorita doña R. N.—(muy conocida en su casa)—de 28 á 30 años de edad—(asi las receto yo)—de estado soltera, temperamento nervioso, constitucion débil—(dejuria de ser mujer)—de buenas costumbres—(buen recado en estos calamitosos tiempos).—En cuanto á si estaba bien ó mal reglada, bien ó mal dispuesta... eso es una friolerilla, el carácter moral es mas conducente al caso.

La señorita R. N. se trató por supuesto por un *alópata* de campanillas, que clasificó, no se sabe qué—(ciertos desórdenes de las vias digestivas y del esfínter)—de nerviosos los síntomas que revelaban la

grava afección de que la espresada señorita estaba afectada—(cuenta con el embolismo: clasificar de nervioso un escirro y *anasarca* consecutiva... *meatis hermano meatis*)—pero la pobre niña padecía y padecía, y meses y mas meses corrían, y lo que es peor que el *alópata* consumado se empeñaba en que corriese la niña, porque lo que la aquejaba era una *suma debilidad emanada de la falta de ejercicio*... y la graciosa enferma le arguia por el *Barbara*, silogizando que no podía, y no pudiendo, á pesar de querer, bajar cierta escalera, cayó—(no en tierra que era lo probable)—sino en la tentación de llamar á un *desfacedor de tuertos y no decojeras*, esto es, un *ilustrado homeópata* que deshiciera los errores conducidos en tan mal camino por el *alópata*... ¡Dios nos asista! que compasión, ¡la encontró el cojitrancó en esta forma.

«Llamado yo para que me encargase de la asistencia de la señorita doña R. N. pasé á su casa y la encontré en el estado siguiente: sentada en una butaca con los pies sobre una banqueta; el semblante espresaba un profundo padecimiento; los ojos parecían que iban á salirse de las órbitas; las mejillas estaban sumamente encendidas; los labios secos y áridos; la respiración era anhelosa, entrecortada; la enferma no podía articular tres palabras sin verse obligada á descansar un rato; tenía tos seca y frecuente, sed, inapetencia y repugnancia á los alimentos, y la lengua cubierta de una capasaburro-biliosa; las estremidades superiores y las inferiores estaban enormemente edematosas, y por la exploración del vientre se evidenciaba la existencia en la cavidad del peritoneo de un derrame de muchos cuartillos de líquido, al traves del cual era de todo punto imposible poder apreciar el estado de los órganos contenidos en esta cavidad. Con menos evidencia, pero con bastante seguridad sin embargo, se distinguía tambien algun derrame en las pleuras. El calor de la piel era urente, y el pulso sumamente veloz y filiforme; la posición horizontal en la cama era imposible, y la enferma se veía obligada á estar en ella casi en la misma postura que tenía en la butaca.

«Tal era el lastimoso cuadro que revelaba el padecer profundo de los órganos mas importantes á la vida de la señorita doña R. N.

Este lastimoso estado hubiera retraído á cualquier menos osado que el *figuron de primer nota* á abandonar á la enferma, pero no señor, la niña se curará y se casará y estará contenta al lado de su esposo, y si concibe parirá y vaya V. viendo que historia tan novelada, y que novela tan cuento... pero no, que ellos lo dirán, y ellos que lo saben, á los enfermos, que tenía un escirro del hígado... Vamos por partes: los ojos parecían que iban á salirse de las órbitas: aprended médicos *alópatas*, vosotros los que habeis visto los ojos tristes, alcaidos y sumidos en las órbitas de todos los que padecen escirros: *mejillas sumamente encendidas*, aprended *alópatas*: vosotros para quienes las mejillas en las lesiones del hígado son solamente sonrosadas y mas la derecha que la izquierda: *tos seca y frecuente*, escuchad, como si no pudiese tener ese carácter la estomacal y aun la pleurítica, pues la tos seca no es frecuente cuando acompaña á las lesiones del hígado: la lengua cubierta de una capa *saburro-biliosa*, síntoma equivoco que acompaña á muchas afecciones: *estremidades superiores é inferiores enormemente edematosas, derrame de muchos cuartillos en el peritoneo, algun derrame en las pleuras*, síntomas todos que no se pueden referir á un solo escirro del hígado en el cual únicamente son mas frecuentes los edemas de las estremidades inferiores: *calor urente y pulso sumamente veloz y filiforme*, síntomas que no son ni propios ni característicos de las afecciones del hígado, y si mas bien resultado de otras lesiones: la posición horizontal en la cama era imposible... tampoco este síntoma es propio de las lesiones del hígado ni de las hidropesias abdominales.

El gran lóbulo del hígado de un volumen enorme y de consistencia al tacto verdaderamente *escirrosas*... y he aquí todo, para decir que era un escirro... ¡*Risum teneatis!* ¡cuántos escirros del hígado curados en corto tiempo, y con estos síntomas habrá visto el historiador fabuloso de esta necesidad científica, de esta negación de la patología?... Muchos muchísimos... tiene tanta clientela y tanto saber... no, si: escirro y nada mas.

No son estos los síntomas que pudiera dar en su primer período la *cirrosis*, afección en el hígado mas frecuente que el escirro? ¿No pudiera ser simplemente una hepatitis crónica? ¿Y por qué no una hidropesia dependiente de un infarto del hígado? pero nada le importan al arrojado homeópata estas consideraciones, ni otras muchas que pudiéramos hacerle, ¿no podría ser y es lo mas probable una clorosis confirmada en el tránsito del segundo al tercer período, cuando se hacen hidropáticas las afecciones deuteropáticas que aquel estado determina? Todo pudiera ser, pero como el buen historiador no nos dice cual era el estado de la funcion genital, no podemos calcar mas fuerte esta reflexion aun cuando le convienen todos los síntomas. En efecto la dificultad de moverse, la de acostarse, el pulso veloz y filiforme, los edemas superiores é inferiores, las malas digestiones, las hidropesias de las cavidades, el aumento de volumen del hígado, la respiración anhelosa y entrecortada, la tos seca y frecuente, todos son sín-

tomas propios de esta afección cuando está adelantada. ¿Por qué no se auscultó á la enferma y sabríamos á qué uterernos?... Pero no, no ciertamente: ni el estado de la menstruación, ni la auscultación, ni los síntomas que se refieren importan nada para un diagnóstico... el homeópata dice que era un *escirro del hígado* y nosotros debemos de creerlo... donde están los dolores continuos, vivos y profundos? en la region hepática? ¿dónde el amarillo color de paja que tan presto se presenta en esta afección hepática? ¿dónde las aholladuras formando hoyos en forma de dedales? ¿dónde el carácter de las heces ventrales agrisadas, blanquecinas y descoloridas? ¿dónde... dónde... están los síntomas...? He ¡basta... en la cabeza del *desfacedor de tuertos y curador de imposibles*... el dice *escirro*, luego escirro será, y no hay mas que hablar... los escirros del hígado son curables en cualquier período para la doctrina homeopática... y mucho mas si son de niñas, de señoritas de buenas costumbres... ¡Niñas, niñas de mis ojos! con vosotros me entierren... y quiera el cielo librarme de un escirro del hígado, por mas que tenga el privilegio de curarle el Sr. R. T. V., pues de lo contrario me parece que con vosotros seré enterado.

A UN SACRISTAN.

Sacristan que te guareces detrás de ese *Centinela*, que está temblando de frio, y tiritando de ciencia; sacristan de mis pecados, sacristancito culebra, tu que como el capitán Araña, con sutileza, haces embarcar la gente, quedándote tu en la tierra. Tu que el humo de la pólvora desde lejos olfateas, que gustas de ver los toros cuando es desde la barrera, que siempre entre bastidores miras hacer la comedia; Tu, que retiras la mano despues de arrojar la piedra, tu que eres aficionado a hacer la sombra chinesca, y huyes el bulto, y consientes en que otros paguen la prenda: mira que se llega el tiempo, mira que el tiempo se llega, de que la luz implacable de nuestra clara linterna, te dé de lleno en el rostro, para que vértelo puedan tal cual és, sin ese falso antifaz que te le vela.

Tu que ves en eso bando de monacillos lampreas, el apoyo de tu gloria, representada en monedas; ¿porqué no arrojas al suelo la solana y la cureta y para aumentar su brio te pones á su cabeza?

Tu descredito es seguro si su entusiasmo flaquea; sacristan haz un esfuerzo... sacristan recobra fuerzas y sal al frente... mas no, no salgas... ya las orejas has visto al lobo, y tu tienes sacristan insuficiencia física y moral: tu vales lo que un cero á la izquierda, es decir no vales nada: eres un héroe en prudencia; y tu prudencia, y el miedo sacristan andan tan cerca, como un dedo de otro dedo, y una muela de otra muela. Sacristan que á retaguardia te pones en las refriegas, y abanzas siempre el primero cuando hay que recoger cera, ¿no conoces que es menguado el papel que representas? sacristan, tus monacillos van á dejar tus banderas, porque es muy triste... muy triste, defender la causa ajena, cuando aquel por quien se lidia nunca sale á la palestra.

Tu recoges las maduras y á ellos las duras las dejas; esta conducta es muy propia de los hombres de tu esfera, pero es preciso que mires y es necesario que entiendas, que tu gramática parda por mas dobleces que tenga, irán comprendiendo todos; y si el diablo en la madeja anda, como es muy probable,

(1) ¿Quién ó cual? El *anasarca* ó el *escirro*, porque si aquella dependía de este, no se curaría ni con curando el *anasarca* escirro, sería pues, curado uno y otro y esto es lo que creíste que verdad... ya.

y con intencion la enreda,
es posible Sacristan
que apesar de la largeza
de tu bolsillo te dejon
á la luna de Valencia.

Y... ¡guay de tí Sacristan
una vez en descubierta!
no te há de servir llamar
á Cacliano con dos tejas,
ni llevar en la petaca
la engañadora gragea
ni ser el primer farsante
de la Hahnemanniana secta,
ni tu color amarillo,
ni tu escuálida presencia,
ni tu *similita similibus*,
ni tu abuelo ni tu abuela.
Sacristan, te lo decimos,
para que no te sorprenda;
y hasta que llegue ese día
que tal vez está mas cerca
de lo que tu te presumas,
(y de lo que tu desees,) ya que como Sacristan,
las costumbres de la Iglesia
conoces, y ya que estamos
metidos en la cuaresma,
bueno es, Sacristan que entones
los responsos y el *requiescant*
Yá que municiones tienes
para sostener la gresca,
basta ya de hacer el *Duende*,
haz un poco el *Centinela*.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA HOMEOPATIA.

Un nietecito de D. Santiago Alonso Cordero, se hallaba enfermo y asistido por uno de los profesores de nota de Madrid; mas los padres, viendo que la enfermedad duraba mucho, é instigados al mismo tiempo por otras personas, sin contar con el profesor de cabecera, llamaron á Nuñez: fue este y al ver al enfermito, puso cara de *vinagre*, y pronunció sus palabras sacramentales: «me llaman Vds. á ver á un cadáver... esto está perdido...» Angustiados sobremanera los de la familia al oír tal salida, le rogaron, suplicaron etc., que se dignase disponer algo para ver si podía salvar al niño: «debe tener el pulmón perdido (contestó Nuñez) y con otras lesiones probablemente incurables: pero en fin si el pulmón no ha acabado de perderse veremos si se le puede salvar.» Sacó entonces la mágica petaca, disuelve en agua el precioso globulillo, prescribe las dosis en que ha de tomarlo, y se retira. Transcurrieron muchos días y el Sr. Nuñez no pareció. Viendo los padres que el niño continuaba siempre lo mismo, volvieron á llamar á Nuñez; trabajo les costó que este señor volviese á ver el enfermo: fue por fin y repitiendo poco mas ó menos, lo mismo que en la visita anterior, le dió el globulillo y se retiró. Ni por esas el enfermo hallaba alivio, ni el homeópata pareció. El padre del enfermo, transcurridos algunos días, le mandó una esquela, en que le suplicaba volviese á ver á su hijo: mas dicen que el señor Nuñez contestó: «Yo no voy á visitar muertos» y no fue á ver al niño: á este le salieron, á los pocos días, dos dientes, y se quedó completamente curado... ¡Qué pronósticos los del Sr. Nuñez...! ¡¡ El pulmón perdido!!! ¡Qué bella ocasion ha perdido V., Sr. Nuñez, para hacer creer que sus glóbulos hacían crecer los dientes! ¡Dios nos dé, si estamos malos, pronósticos como los de V.!

El conde de Parsent conoció á Nuñez en el extranjero y le instó á que viniese á España, siendo uno de los que mas contribuyeron á que el célebre homeópata se decidiese á venir á probar fortuna. Le recomendó fuertemente á su familia que en el día es alicionadísima á los mágicos globulillos, y esta le proporcionó un gran numero de las buenas relaciones que el nigromántico tiene: pues bien, el señor duque de Parsent volvió á la corte, cayó enfermo, llamó al Sr. Nuñez y fue víctima de su enfermedad ó no entendida ó no curada por el Sr. Nuñez. La espiciacion fue completa.

El hijo del general Llauder, ha muerto homeopáticamente en manos de Hysern y Nuñez, sin recibir siquiera sacramentos.

La madre política del señor Laplana cayó enferma con una pulmonia; alicionada en extremo á los globulillos llamó á Hysern: la enfermedad fue agravándose sin la menor interrupcion y aunque el profesor homeópata decía que se hallaba sin cuidado, falleció aquella á los pocos días. Su hija, esposa de Laplana enfermó por aquel entonces y siguiendo las máximas de su madre se empeñó en tomar los globulillos. En vano su marido, hombre de talento y de juicio, trató de oponerse y la hizo mil reflexiones, probándole la farsa de los homeopatas: no pudo convencer á su esposa, tuvo que ceder y en medio de los mayores disgustos tuvo el de ver espirar á su mujer en la noche del mismo día en cuya tarde había fallecido la madre, ambas en manos de Hysern.

En la enfermedad de la señora de Laplana ocurrió un lance gracioso en otras circunstancias: habíala dado una congoja y una doncella acudió á su señora, dándole á oler un poco de vinagre: se presenta en aquellos momentos Hysern; olfatea la habitacion y esclama «todo se ha perdido» este olor ha destruido el efecto de los medicamentos.

LA CUESTION TEJERO.

Por donde se habia de figurar esta figura de tapiz, que su oscuro apellido, mas oscuro que su ciencia, viniera á dar nombre á una cuestion, que la hablamos de titular la cuestion Tejero? O aberracion de las aberraciones! Oh tiempos de confusion y de anarquía! Oh momentos de recreo que nos proporcionais la nueva ocasion de que nos riamos con uno de los lacayos mas sumisos, obedientes y respetuosos del *dómine Lucas*, del *dómine* de las disciplinas, de los anises y los pedazos de pan. Recójelo, segundo Ovidio, no en lo poeta, sino en lo narigudo; recójelo y obedece á tu amo; cumples tu obligacion, como él cumple la suya. Pero á donde vamos á parar? Es el caso que el Sr. D. Joaquin Malo, persona para nosotros muy respetable, médico de mucho prestigio, nos ha dirigido un comunicado aclarando todo lo que se refiere á la enfermedad y muerte de su querida hija, Doña Maria Soledad Pascuala Malo de Tejero (1) (Q. E. P. D.) comunicado, que por lo que nosotros suponemos ha sido pedido por Tejero, para contestar á un *internazo* de nuestro número anterior, en que haciendonos cargo de los rumores públicos, contamos como lo habiamos oido, el *azar de un homeópata*. El Sr. Tejero se ha dado por aludido, y el Sr. D. Joaquin Malo, nos remite el siguiente comunicado, que nosotros hombres de honra y de verdad insertamos con gusto, porque en cuestion de hechos, somos tan exactos y delicados, como lo somos en las de vergüenza y pundonor, puntos en los cuales el Sr. Tejero necesita tomar algunas lecciones de nosotros. Consúltelo pues con el sacristan y díganos su opinion en este asunto, ya que nos ha manifestado la que tiene en otros como en asuntos de reconocimientos de quintas, y de venta de glóbulos. El comunicado del Sr. D. Joaquin Malo dice así.

Sr. Director de la *Linterna Médica*.

Muy Sr. mio: espero de su bondad inserta en el primer número de su periódico al presente comunicado, que con igual fecha romito á la redaccion del *Centinela* de la Homeopatia en aclaracion á el artículo, que bajo el epígrafe de «AZAR DE UN HOMEOPATA», publica su último número del 8 del presente mes.

Arrasados mis ojos en lágrimas, y comprimido el corazón por la pérdida que acabo de experimentar que ni un instante se borra de mi memoria, me veo en la dura necesidad de coger la pluma con mano trémula, para hacer el relato exacto de lo ocurrido, durante el padecimiento de mi querida hija doña Maria Soledad Pascuala Malo de Tejero (q. e. g. e.) En 11 de marzo pasado, despues de 24 horas de dolores, parió á las 9 de la noche un niño muerto, como de unos 8 meses.

Aunque hacía unos tres días que el feto habia fallecido, y la posicion era primera de nalgas, no fué trabajoso el parto; solo sí, á las once y media, no habiendo arrojado la placenta, se presentó una metrorragia abundante, consiguiendo á la existencia de dicho cuerpo en la matriz, y á la inercia de este órgano.

Fué avisado el Sr. D. Tomás de Corral, para que procurase su extraccion, la que verificó con la prontitud, destreza y pericia, que es propia de sus grandes conocimientos. (1)

La paciente se repuso á la época regular, sin tener novedad alguna hasta Julio, en cuyo mes se desarrolló, tos con ligera inapetencia, y algo de frecuencia en el pulso. (2)

(1) Por añadidura.

(1) Claro es que el señor Corral lo haria con la prontitud, destreza y pericia que le son habituales, pues de su práctica, de su ciencia, de sus antecedentes brillantes no se podia esperar otra cosa. Lo que si se debía de esperar del Sr. Tejero era mas gratitud hacia el Sr. D. Tomás Corral, á quien el ingrato Tejero y sus colegas de redaccion del *Centinela* eligieron por blanco de sus asquerosos tiros. Quien no lo matara, no lo hereda. Bástale al Sr. Tejero negar en las ocasiones críticas que es redactor del tal periódico, aunque se vea en la precision de decir que está redactado por algun escribiente de cualquier taquígrafo. Bien por el Sr. Tejero. Tambien nos consta que el Sr. Corral, antes de hacer la extraccion de la placenta á doña Pascuala Malo, preguntó á su esposo, si tenia algunos otros recursos para evitar la operacion, á lo que el narizotas dijo con la tranquilidad de un Bertoldino, que no. Los glóbulos en aquella ocasion, de qué sirvieron? de lo que sirven siempre.

(2) Síntomas que desde un principio pudo apreciar su esposo y puesto que él y los suyos curan imposibles, bienpodian haber curado esto que era bien fácil. Las curaciones homeopáticas milagrosas no se reservan mas que para los estrafios; lo contrario seria egoismo.

Se graduó esta afección á últimos de Agosto, efecto de que estando mal dispuesta, al ir de paseo una tarde, salió de una callejuela un coche, y á no ser por la oportuna detencion de los caballos, por un sujeto que por allí pasaba; hubieran sido victimas de un atropello su hijo, hermana y cuñada, siendo tales gritos y lamentos que dió, al ver personas tan queridas á punto de perecer, que todos los vecinos salieron á los balcones y especialmente unas señoras, las obligaron á descansar en su habitacion.

La supresion de la funcion que la matriz ejercia, fué seguida á los ocho días de un flujo sanguíneo, que aunque corto, la debilitó mucho, agravandose en su consecuencia la tos y demas síntomas.

A principios de Setiembre se observó, que la tos se aumentaba al acostarse del lado derecho, por lo que tenia que adoptar el decubito lateral izquierdo.

En este grado la dolencia, y habiendo usado antes medicamentos homeopáticos, fué preguntada por su esposo, y decidió seguirse tratando por dichos medios.

Habló con mi hijo político respecto al diagnóstico, conviniendo ambos en que era una «tisis tuberculosa aguda.» Respecto al tratamiento, no tocamos este punto por respetar la voluntad de la enferma, y ser nuestras convicciones enteramente opuestas. (3)

Desde este tiempo hasta el 9 de Febrero próximo pasado, en que se presentó diarrea, la enferma estuvo sujeta al plan homeopático, que su esposo dispuso, consultando ademas, á otros amigos suyos, que profesan iguales doctrinas. (4)

En dicho día 9 la enferma dijo: deseaba se llamase en su auxilio al Sr. de Corral, el que avisado por la noche, pasó á verla al otro día, vispera de marcharse á Aravaca, pueblo de su nacimiento. (5)

La opinion del Sr. D. Tomás, así como la de su esposo y mia, respecto al conocimiento de la enfermedad, y al pronóstico fué igual, es decir, «funesto, por todos los métodos. (6)

Llegada al pueblo, se encargó de su asistencia, en tanto que en él permaneciese, el médico titular Sr. Moreno.

En 23 del mismo mes, fué trasladada desde el pueblo á su casa con las precauciones debidas á su estado, y avisado nuevamente el Sr. D. Tomás Corral, la siguió visitando hasta el 25 en que falleció.

Por lo que antecede se deduce: 1.º «que no hubo «tal parto trabajoso, y por consiguiente no fué esta «la causa de su padecimiento.»

2.º «Que la terminacion funesta de este no ha «sido debida á la ignorancia de su marido, pues á los «primeros síntomas convino conmigo en el diagnóstico, y si se trató homeopáticamente primero y despues alopáticamente, tanto él, como yo, condescendimos con su voluntad, fundados en que nada se «aventuraba, por ser una enfermedad gravissima de la «que generalmente perecen los enfermos.» (7)

Y 3.º «Que de ningun modo se ha disminuido en «lo mas mínimo mi afecto respecto á mi hijo político «Tejero, (8) quedando desvanecidos (9) los cargos,

(3) Y de que servia el conocer la enfermedad, s los recursos para su curacion eran diferentes? Tenjo tranquilidad el Sr. Malo cuando no sabia que era la que tomaba su querida hija, y cuando ni aun recetas habia que hiciesen constar la prudencia ó desaciertos del Sr. Tejero? Terrible prueba es esta para un padre, que despues de ver morir su hija sin el consuelo de haberla aplicado los remedios de que el podia haber hecho uso en tiempo oportuno, se vé precisado á poner en buen lugar á su yerno, homeópata furibundo para su esposa, y alópata para sí mismo, puesto que pocos meses antes se habia hecho aplicar dos docenas de sanguijuelas en una enfermedad que padeció: enfermedad que no queremos denominar.

(4) En buenas manos andaba el panderero, para que la curacion no fuera segura: entre el Sr. Tejero y sus amigos los de la raza pura! Qué hizo pues el señor Hurra'de, el que se jacta de curar tisis en tercer grado?

(5) A buena hora. Se le llamó para que diera un certificacion de muerto, no es verdad?

(6) Buena situacion era la de la pobre enferma, cuando el Sr. D. Tomás Corral tuvo la bondad de ir á verla, á ruegos del Sr. Malo, á quien el doctor Corral ofreció no abandonar hasta el último momento. Aprenda el Sr. Tejero á ser generoso y agradecido! El Sr. Corral es médico, filántropo, sábio y generoso: el Sr. Tejero es... homeópata de oficio y mandato. Véase la diferencia.

(7) Cuantos enfermos de esta clase no han salvado los señores Corral y Malo, cuando los han tratado al principio de su padecimiento, como el señor Tejero trató á su esposa? Sr. D. Joaquin, V. es persona muy delicada y es abuelo del niño que ha dejado su desgraciada y virtuosa hija. Nada mas le decimos por ahora.

(8) Esto honra mucho los sentimientos del señor Malo, y sin embargo el sabe lo que nosotros no ignoramos.

(9) El *Centinela* de la homeopatia del que es y ha sido redactor el Sr. Tejero, por mas que ahora quiera negarlo, ha puesto en lugar de *desvanecidos*, *desmentidos*. Este es un recurso inoble, de mala ley, indigno de toda persona de educacion: sustituir las palabras en un comunicado, es abusar de la confianza y de la firma de una persona respetable. Es

que contra él dirige la Linterna, así como las expresiones que supone salidas de mis labios.

Ruego á V. Sr. Director del espresado periódico, que en obsequio á las justas lágrimas, que la redacción de este escrito me ha proporcionado, quede aquí terminado para siempre asunto tan enojoso, una vez manifestada ya la verdad del hecho. (10)

Soy de V. afmo. y seguro servidor Q. S. M. B.
JOAQUÍN ANTONIO MALO.
Madrid 10 de Marzo de 1851.

Sr. director de la *Linterna médica*.

Muy señor mío: Tenga V. la bondad de dar cabida en su apreciable periódico, á estas mal trazadas líneas, en contestación á un artículo que contra mí se ha puesto en el periódico titulado el *Centinel*.

Este artículo hace relación á un caso ocurrido en mi práctica. Nunca me hubiera ocupado de él á no verme instigado por el artículo á que me refiero: pero puesto que cuando á uno se le pregunta se ve obligado á responder, esto mismo será lo que haga con objeto de que se sepa la verdad del caso, puesto que así se quiere. En el artículo á que hace relación dicho periódico, no he tenido yo parte alguna; el caso se lo refirió á mi amigo el doctor don Modesto Pastor, y parece ser que él fué quien lo publicó.

Y es como sigue: sobre la una y media, de una de las noches del mes de diciembre próximo pasado, fui llamado para asistir á doña Paula Peinado, que vive, calle del Meson de Paredes, núm. 66, cuarto principal.

Esta es una señora de 22 años de edad, temperamento nervioso, constitucion débil, y que presentaba los síntomas siguientes: no podía adoptar decubito alguno por espacio de dos minutos, los muslos estaban en contracción permanente sobre el vientre, palidez general, rostro abatido, calor disminuido, pulso frecuente pequeño y blando, respiracion anhelosa, tos frecuente y seca, algunos saltos de tendones, ligeros movimientos convulsivos, dolores agudos, conquecidos agudos, que partiendo de la region lumbar venian á parar á el hipogástrico, acompañados de una metrorragia abundante. Este cuadro de síntomas que presentaba la paciente quise ser combatido, y en efecto, de este se trató por medio de la homeopatía, la que produjo los efectos que desde luego del tal sistema se pueden esperar.

En la mañana anterior, á la en que fui llamado, empezó dicha enferma á tomar los prodigiosos glóbulos, que Dios confunda. En la visita de la tarde aseguré el homeópata, tanto á la paciente como á los interesados, que aquel cuadro de síntomas tan alarmante desaparecería con el medicamento globuloso; mas que si la casualidad hacia que este no fuera suficiente, lo sustituiria por otro que de seguro destruiria el padecimiento. Tomó este otro la enferma con la mayor avidez: el resultado fué igual al de su precedente, es decir, que entre todos formaron un equivalente igual á cero. En vista de esto determinaron llamarme, no por temor de incomodar á el homeópata, como dice el comunicado, sino porque tanto los interesados como la paciente tuvieron tiempo mas que suficiente para convencerse de la farsa que la tal medicacion envolvía (1). Como es de suponer, puse en práctica los medios que la verdadera medicina aconseja en casos semejantes.

A las cuatro y media de la mañana en que me retiré de casa de dicha señora, tuve la satisfaccion de dejarla tranquila con una remision grande de todos los síntomas espuestos, habiendo cedido en totalidad los mas culminantes.

A las once de la mañana fui por segunda vez á verla y seguia sin novedad; á cuya sazón llegó el homeópata, y al ver esto la diferencia tan notable que existia desde su última visita, hizo un movimiento como de sorpresa, al considerar que su medicacion habia sido nula, y que el alivio tan notable era debido á el sistema opuesto. El homeópata considerándose impotente para el caso tuvo á bien el despedirse; cosa que no aprobaban los de la casa, lo que se dejaba ver por las instancias que le hicieron á que siguiera visitando en union conmigo; las instancias de la familia por un lado, la poca fé que tenia en sus remedios por otro, le ponian en un conflicto tal, que el hombre tuvo que manifestar delante de todos los que en aquella estancia nos halláramos, «que no era apto para el caso, pues no se habia dedicado nunca á combatir tales padecimientos, y que creia lo mas conducente que continuase yo dirigiendo la enfermedad.»

Oida que fué esta declaracion nos retiramos jun-

to único que faltaba al *Centinel* para terminar el catálogo de sus justas calificaciones. Despues de esto ya no habrá cosa que nos espante.

(10) Así lo hubiéramos verificado, si el Sr. Tejero hubiera cumplido la palabra que espontáneamente dió delante de V. y otras personas, antes de ir á consultar á su *dómine*. No es culpa nuestra si ante los tribunales tenemos que formular una acusacion contra el Sr. Tejero, haciendo pruebas con palabras que él mismo pronunció delante de personas, deudoras suyas.

(1) Esta es la narracion del y exacta que los interesados me hicieron.

tos de la casa. A las seis de la tarde fui por tercera vez á visitar á la enferma á la que en presencia mia le acometió un dolor muy intenso por medio del que espulsó el producto de la concepcion que era el que daba márgen á todo lo ocurrido (pues era el caso un aborto): este producto se componia de las membranas y el agua del amnios en la que fluctuaba un embrión con todos los caracteres de dos meses, el cual estaba en principio de putrefaccion, en cuyo estado lo conservo en mi poder.

En los demas dias siguió la enferma sin la menor novedad, llegado que fué el sexto dia me despedí dejándola en un estado completo de salud.

Sírvanse Vds. señores redactores insertar si lo creen conveniente este caso como un comprobante mas, de lo mucho que en beneficio de la humanidad es susceptible de hacer la medicina hipocrática, á cuyo favor les quedará agradecido, S. A. S. S. Q. B. S. M.—MARCOS CULLET.

Vamos á cuentas señor Lartiga, Lagartija, ortiga como V. se llame: qué se propuso V. con haber comprometido á la señora Peinado á dar el certificado, que por si solo le ponía á V. en tan mal lugar? Si el objeto era hacer el calavera, pase; si era comprobar que los recursos de V. fueron ineficaces para contener la metrorragia y hacer terminar felizmente la dolorosa situacion en que se hallaba la enferma, entonces adelante con el certificado; pero si el objeto de V. fué quedar en buen lugar, es V. mas cándido que un niño de cinco años, antes de tomar glóbulos homeopáticos: y crea V. señor Lagartija, que no vamos á anonadarle con el comunicado del señor Cullet que lo aplasta á V. como una piedra de cuatro arrobas á una hormiga homeopática: no señor; vamos solo á pasarle su bendito certificado por la cara, para convencerle de que aunque V. lo haya redactado, tiene tan poco sentido comun y tan poca lógica como la doctrina homeopática. Escuchenos V. con objeto de que seamos amigos, porque no queremos dimes ni diretes, sino el pan pan y el vino vino, como buenos castellanos viejos que somos. (Esto no va con V., porque ignoramos en qué pila le bautizaron y no sabemos si V. es romo, ó cojo, ó tuerto, ó colorado como un flamenco.)

Aquí para entre nosotros, crea V. que en el estado en que se encontraba la señora Peinado, si hubiera tenido confianza en los globulitos, hubiera mandado llamar á otro facultativo con el solo pretexto de no incomodar á V? Seamos francos: ni V. lo cree, ni la señora Peinado, ni nosotros. Ningun enfermo se sacrifica por no incomodar á un facultativo, y mucho menos si merece su confianza y la gravedad del peligro apura: esto lo sabe V. y lo sabemos nosotros; pero es fácil que lo ignore quien en vez de ser médico, sea solo curandero.—Prosigamos.—Si la señora Peinado y su familia, partidarias anteriormente de los globulitos se encontraron con que el facultativo llamado nuevamente (por no alterar el seráfico sueño en que V. debia de reposar en la seguridad de la eficacia de sus excelentes glóbulos) era partidario de un tratamiento enteramente opuesto al de V. señor Lagartija, cómo se prestaron á que el nuevo profesor trocase abiertamente la medicacion de V. y se pasaron con armas y bagajes al bando alopático? ¡Y todo por no incomodar á V.! ¡Oh abnegacion suílime! ó sacrificio digno de los homeopato-maniacos del siglo XIX! Pero no ha llegado aun á su apogeo nuestra sorpresa: donde raya á mayor altura, es desde el momento en que V. señor Lagartija se presenta nuevamente en la habitacion de la señora Peinado. Despues que esta señora se habia prestado al cruento sacrificio á que la condenara la medicina alopática, solo por no turbar el sueño benéfico de V., va V. á salir con la pata de gallo de que no continua asisténdola por miramientos de delicadeza. Esta es una ingratitud, indigna de V. que debiera estar agradecido á tan delicados miramientos. Señor Lagartija, esto es tener un corazon de piedra borraqueña; esto es ser un Neron, un Navuco Donosor. V. que con un anisito pudo terminar instantáneamente la curacion, V. que por esta razon, por la otra y por la de mas allá, podia y debia volver la salud á la enferma, con solo echar mano á su mágica petaca, dejarla entregada á los martirios de un alópata! ¡Ah señor Lagartija y que fiero debo V. de ser, cuando pone la cara sea... y despues de todo va V. con el certificado en la mano á hacer que se lo firme la señora Peinado! Esta señora debe ser muy agradecida, y se prestaría á ello, olvidando la despedida de V. y teniendo solo presentes las fumosas curaciones que antes habia V. obrado en la familia. Entonces la enfermedad, y la curacion serian de dia y con sol, y la familia de la señora Peinado no se veria privada de la asistencia de V. por no incomodarle. Como ha de ser, señor Lagartija, tomemos el tiempo segun venga, y diga V. á sus amigos y cotrades los del *Centinel*, que los redactores de la *Linterna*, tienen mucha vergüenza y mucho pudor, y que los *mentis*, los arrojan siempre á la cara ó al pecho de los que ni aun indirectamente puedan dudar de la *verguenza* y *pudonor* de los *linterneros*. Háganos V. ese favor señor Lagartija, porque somos agradecidos y procuraremos corresponder con V. del mejor modo que nos sea posible. Diga V. tambien al apóstol de Vds. que nos trate con un poquito de misericordia, porque nosotros le queremos mucho, mucho, y procuraremos hacer justicia á sus merecimientos en cuantas ocasiones se nos presenten: en prueba de ello diga le

V. que pronto publicaremos sus certificaciones y diplomas honoríficos que alcanzó en su carrera de médico, y que en el próximo número daremos cuenta á nuestros lectores de aquel pronóstico suyo en que dijo aquello de «la inflamacion de la vejiga de esta señora:» proviene de haber tomado sulfato de quiniua, y ya que de favores hablamos, háganos tambien el de decir al señor Torres Villanueva (alias el cojo), que hoy no tenemos espacio para ocuparnos de su comunicado de letras gordas; pero que en la conviccion de que como es cojo, no el comunicado que tiene muchas patas, sino el señor Torres, no ha de correr mucho, esperamos alcanzarle pronto á pesar del hombre y de los caballos que ha gastado cuando hacia el primer papel en el pueblo, donde estuvo de cirujano romaucista. Que no sea ingrato con nosotros y que lo nos olvide como lo ha hecho con sus antiguos amigos y protectores, porque esto seria echarse nuevamente los *cordetes* de la ingratitude. Dígale V. tambien que vaya aprendiendo á escribir, para cuando publique otro comunicado ó para cuando escriba otra historietita como la del escirro de aquella señorita que él sabe. Comunique V. de paso nuestros afectos á Iturralde, sin olvidarse de Tejero, á quien dará V. la buena noticia de que le van á nombrar para el reconocimiento de quintos en el primer sorteo que se verifique. Esto lo robustecerá las narices y le proporcionará acaso una ganancia de quince mil rs., si estampa bien sus derechos. A Dios, pues, señor Lagartija, ó Lartiga (siempre nos equivocamos); procure V. no dormir mucho y escribir bastantes certificados como el de la señorita Peinado, que nosotros nos encargamos de la celebridad de V., porque nos interesa, como á buenos españoles, empeñados en contar las glorias de su patria.

Entre tanto, son siempre de V. afectuosísimos y apasionadísimos servidores y amigos

Los redactores de la *Linterna*.

LA APOLOGIA DE LOS CIEGOS, Ó LA BONDOPATO-MANIA POR EL DR. BARLO-VENTO.

(Conclusion.) (1)

Viene despues el que denomina «curaciones homeopáticas», y aquí el mundo entero se asombra con solo oír el relato de las admirables curaciones de tan sabio maestro. Cita seis de estas maravillosas curas y no lo hace de diez ó doce mil por temor á los sin copes que este asombro produciria; pero ellas son bastantes para consolar al género humano.

Viene despues, como es natural, tras de las curas homeopáticas, la MUERTE, y en este artículo hay epitafios y heregias (elegias, quisimos decir) en honra de Samuel. Despues van las asistencias, y en este capítulo pone de ropa de pascua á los heresiarcas, que olvidándose de los preceptos del maestro, se atreven á poner la mano en las sacrosantas tablas de su ley.

Viene despues una coleccion de retratos de once notabilidades homeopáticas, entre las que, como es consiguiente, figura la sorífica estampita del sacristan y sus adeptos. Y finalmente termina el folleto con un epílogo y una posdata ó despedida, con los que se reinicia el clavo de las muchas verdades y chistes que contiene este opusculo. Nada mas queremos decir por no quitar la novedad que tiene este folleto, de toda la cual deben gozar solo los que lo compran.

LINTERNAZOS.

—El número del *Centinel* perteneciente al 10 de este mes se publicó el 15, y el del 20 aun no hemos tenido el gusto de verle. Qué pasa? Se huela de frio este soldado, ó es que los incensarios de última moda no todos los monacillos pueden manejarlos? Quién se encarga entonces de entonar los himnos de triunfo del sacristan? Nosotros creemos que como pague bien, no le han de faltar criados. ¡Hay tanta hambre! ¡Hay tanto servilismo en algunas gentes!

—Los *linternazos* se han ahogado tambien en este número por falta de espacio.

ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

En plana cuarta, columna tercera, seccion de *linternazos*, donde dice «víctima de la ignorancia de su marido,» léase «víctima, crío, de la ignorancia de su marido.»

En el mismo *linternazo*, donde dice «y maldice la ignorancia de su yerno,» léase *maldecira* etc.

(1) El señor impresor tuvo la ocurrencia de cortar por lo sano, al ver que sobraba original en el número anterior, dejando cojo el artículo sobre la *Apologia de los ciegos*, lo mismo que el *linternazo* titulado *Azar de un homeópata*, que concluía con las siguientes palabras.

«No sabemos lo que hay sobre este particular, pero procuraremos informarnos de lo que haya de cierto, para que nuestros lectores sepan la verdad del caso. Por hoy solo nos referimos á las voces que circulan por Madrid.»

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios, 9.